

Otatal

Iván Medina Castro

*Mayo del setenta y cuatro
se reunieron en la sierra,
los valientes seguidores
de una idea tan verdadera.
Eran cien los delegados
que acudieron a saber,
qué harían en lo venidero
porque algo bueno hay que hacer.*
Corrido popular

Al profesor Lucio Cabañas Barrientos

La temporada de tórridas lluvias había pasado, cuando era ya todo verde alrededor y los cenizales arrullaban a los campesinos en los fríos anocheceres, dentro de sus jacales de corteza de pino. De la sierra de Atoyac, donde nacen los altivos árboles de robusto tronco, ráfagas de viento del sur soplan un aire afable, cariñoso, un olor a flores frescas que vuelven puro y claro el tupido bosque. Y en perenne emanación de las mohecidas rocas, el rocío, el olor a musgo; matas y raíces se imponen como un terso manto por los suelos terrinos.

Ya de madrugada, en las chozas humeantes, el quiquiriqueo de los gallos destruye el apacible sueño y obliga a los pobladores a calentar sus cuerpos entumecidos en el fogón. Preparan su café de olla sobre las brazas del leño de picea. Por la tarde, ante la coronación del ardiente astro en lo alto, calentando intensamente, los lugareños se reúnen en la campiña para discutir las amargas noticias acaecidas en la comarca.

“Esto no puede seguir así, compañeros”, refunfuñó Lucio en señal de enojo. Anteayer, apenas el sol estallaba, filtrándose entre los

tiernos bejucos, cuando le asesinaron cobardemente. Él dormía, con su ropa interior de manta teñida, acostadito el yayo bajo un cobertizo de palma, sobre su petate tendido en el húmedo solar. Únicamente un par de veladoras consumidas le hacían frente.

Nadie se ha ido a los cielos tan solo, mudo y desamparado después de oponerse con tal valentía a aquellos servidores del mal gobierno cuando le reclamaron sus parcelas al brioso Tata Juan. “Entre lamentos”, anunció el viejo Anselmo con su aguda mirada, siempre a la espera, siempre en acecho.

“Ya estaba de esperarse”, replicó el padre Avilés, “lo mismo les pasó a don Jaramillo, a su esposa encinta doña Cuca y a sus tres hijos después de negarse a contribuir con los federales. Un enorme boquete se veía en cada uno de los cráneos cuando los hallamos atados de manos y pies dentro de una fosa común, allá arriba, por la vera de la cañada hasta llegar a un paraje escondido”.

Al escuchar aquella afigida declaración, al anciano Anselmo se le endurecieron los ojos y la voz se le puso más áspera. “Malhaya de caciques, esos desalmados, no conformes con el mísero pago de la cosecha, después de esperar las estrelladas noches arando como si fuéramos esclavos, aún se encajan más al ambicionar nuestra pequeña porción de terreno”.

Con claridad y firmeza gritó Lucio: “Disculpen camaradas, pero eso ya no será más, he aquí a estos decididos hombres manchados de lodo y cabellera alborotada, cuyos rostros demacrados hablan de lo único permitido a ellos hacer; machetear de sol a sol campo adentro para continuar soñando, pues su futuro en este semillero de pobreza se alza magro. Así pues, estos valientes payos dejan todo tras de sí y se integran a nuestro movimiento armado para oponerse a las injusticias de los usureros opresores y defender lo nuestro”.

“Amigos míos, nací libre en esta bella y noble región, para correr entre las milpas, nadar en sus riachuelos y cantarle a la vida, e independiente este territorio seguirá. Porque este lugar, aunque erosionado e infértil, fue germinado con la sangre de nuestros ancestros durante la Revolución, y ahora nos toca a nosotros defenderla con lo único permitido: las armas. Pues estos sembradíos donde más de

una vez observé surcar, arar y pizar el maíz a mi abuelo, con sus ásperas manos bajo el clima abrasante, nos pertenecen. Y claro lo digo, hermanos, lucharemos por la verdad y no por convicciones partidistas o ideológicas, por causas nobles y leales. ¡Viva el Movimiento de los Pobres! ¡Viva!

Los vítores no se dejaron esperar, pero acompañado a los palmoteos de la entregada comunidad, las mujeres y los pequeños prorumpían en sollozos, pues bien sabían ellas y presentían los infantes que al aventurarse a un movimiento guerrillero jamás los volverían a ver.

En aquel otoño de días grises, en espera al mando de la oscuridad cerrada y al graznido

del tecolote, trece decididos campiranos afanan sus afilados machetes y los menos cargan viejas carabinas de escaramuzas. Aquellos combatientes, inician un camino sin una clara dirección. Al cruzar la lomada y alejarse compungidos del sitio que los vio nacer, borran sus pasos del sendero conducente a su terruño y cruzan el camino viejo del monte derrumbando arbustos para atravesar los arroyos y las casitas de madera tristes. Al sentir la espesura del paisaje bello y dulce donde la vivencia se ha vuelto un hervidero de sufrimiento, lloran; sin embargo, de sus semblantes marchitos emana una dulce utopía, un gesto tan lleno de presagios que acrisola la defensa de las tierras rurales mexicanas.

Queremos paz
Kevin Rodríguez Sandoval

